

**EL P. DONOSTI
VUELO LIRICO EN TORNO A UNA VIDA EJEMPLAR**

SABINO RUIZ JALON

PROLOGO BREVE

Nada tan grato para mí, como él haber recibido el encargo de la «Eusko Ikaskuntza», de Donosti, de escribir unos folios en torno a la egregia figura del P. Donosti, con motivo de celebrarse el próximo año 1986, el Primer Centenario de su nacimiento en la capital donostiarra. Me honré personalmente con su presencia y amistad fraterna, con sus sabios consejos, con su ciencia musical, y sobre todo, con la lección permanente de su vida, sustancialmente ejemplar, con su profunda religiosidad, con su humanismo sincero y cordialísimo.

Miró a la vida en torno con amor y serenidad, como hacen las almas selectas. Como capuchino llevó su vocación y claustro espiritual, (alguien le comparó con el caracol que lleva siempre su casa a cuestas), por todas las tierras que visitó y como músico, fue pieza clave en el resurgimiento de la canción popular vasca, mejor diríamos, de la Música vasca que, con él, alcanzaría un rango universal.

Modestamente, con toda humildad, me pongo a cumplir tan honroso encargo, mas también con el temor de no acertar en mis comentarios a que su gran personalidad nos incita. Vayan pues, por delante, mis preocupaciones por tal atrevimiento, que, si tiene una disculpa, es la del deseo por mi parte de contribuir al recuerdo de su vida en cualquier proyección que haya llegado a nosotros, que bien quisiéramos hacerla «visible» en nuestro tiempo.

Acerquémonos pues a éste inagotable manantial que fue su paz interior, y mantengamos con mayor fuerza cada día, el eterno frescor de su espíritu.

EL ROMANTICISMO FRAGMENTA LA UNIDAD MUSICAL EUROPEA

Cuando allá por las primeras décadas del XIX, don Juan Ignacio Iztueta se inclinaba sobre la tierra vasca, llevado por el impulso generoso de conocer el misterio milenario de la Música popular de Euskalherria, -Leyendas,

Bailes, Canciones, Mitos-, no sospechaba, (o ¿quizás sí?), que estaba contribuyendo en una labor de investigación de incalculables consecuencias para la Cultura del País. Porque, como él, otras personas amantes de nuestro folclore, se preocupaban también, en los albores del Romanticismo. Iztueta promocionó estos estudios publicando el año 1826 un Cuaderno dedicado a los bailes vascos, uniéndose así a otros investigadores, como Mme. de Villahélio, (1847-1939), que fue la primera editora de un «Cancionero popular Vasco», junto a las investigaciones que sobre el Zortziko, venía haciendo en París, hacia 1813, doña Antonia de Moyúa y Mazarredo. En cuanto al ritmo del Zortziko, don Teelesforo de Aranzadi lo había encontrado en las danzas irlandesas de espadas, haciendo sus observaciones sobre esta danza, una de las más características del País Vasco.

La labor de investigación que sobre nuestra parcela vasca, venía haciéndose ya, iban tomando mayor importancia, a medida que el Romanticismo alzaba su vuelo con ímpetu incontenible -Berlioz, Schumann, Chopin, Liszt, Brahms, Grieg, Albeniz, Tchaikowsky-, que al acercarse a las músicas de cada país, dieron a Europa una nueva fisonomía, al fragmentar la unidad musical europea del XVIII.

Esta nueva fisonomía musical europea, es la que dará origen a la formación de las nuevas escuelas musicales. como la Hungara, de Smetana y Liszt, con los posteriores hallazgos de Bartok; las eslavas con sus ritmos vigorosos y colores rutilantes; las nórdicas, con Grieg y Sibelius; las ibéricas, con Barbieri, Albeniz y Pedrell, surgiendo así los nacionalismos europeos.

Y aquí, en la parcela vasca, Iztueta intuyó ya la importancia del folclore, continuada, conforme avanzaba el siglo, por otros investigadores, como Charles Bordes en Francia y don Resurrección María de Azkue en Euskadi. Poco a poco el folclore vasco fue entregando sus secretos, preparado ya para recibir el aldabonazo del P. Donosti. Un nuevo movimiento artístico se produce en Francia: el «Impresionismo», que luego, y a través de nuestro músico-capuchino, tendrá una gran influencia en el País Vasco, cuya música se canaliza en el impresionismo francés, en sus matices más sensibles y finos. La cumbre de este movimiento artístico francés se producirá con la ópera-simbolista «Pelleas et Melisandre», de Debussy, en 1902, año en que el P. Donosti cumple los 16 años y los caminos se abren, tirando con fuerza, hacia la Religión y hacia la música de «Ama-Lur». Nuestro músico ya tiene hechos sus primeros apuntes de composición, ya ha escuchado las íntimas vibraciones de nuestras canciones, el vigor y la alegría de nuestras danzas. El joven novicio y músico a quien ya se le ha encendido la llamita de la inspiración, nacia a la vida musical con la varita mágica de vocación espiritual: con esa varita mágica, el P. Donosti, fue levantando, por diversos rincones y al socaire de muchos caminos, en chorros luminosos, la música de Euskalherria que luego se proyectaría por el mundo.

VIDA

«Tiene usted el Arte supremo de la sencillez elegante». (De una carta del Doctor Marañón al ilustre capuchino).

Nace el P. Donosti en San Sebastián el 12 de Enero de 1886. Se le imponen los nombres de José Gonzalo Zulaica y Arregui. Si para el calendario es una hoja más que el viento se lleva, para el futuro musical de Euskadi, tendrá una significación decisiva, porque aquel niño recién nacido, será el protagonista a través de toda su vida, del amor fraterno, alimentado por su vocación religiosa y por su entrega a la Música.

Envuelto en el amor de sus familiares, el niño va creciendo entre risas, mimos y cuidados. Mas los años pasan rápidos, y pronto llegará la hora del Colegio. Su primer contacto con el mundo de la Enseñanza, será el Colegio de los Marianistas, para iniciar los primeros estudios. A los 10 años su familia decide enviarlo al Colegio de Lekaroz, en Navarra, en donde su destino le esperaba con los brazos abiertos, dando sus primeros pasos musicales con el profesor don Ismael Echezarra, quien a la vista de la buena disposición que el pequeño tenía para la Música, no vacila en encargarse de su formación.

A principios de nuestro siglo, el P. Donosti siente la llamada de su vocación religiosa y voluntariamente, y obedeciendo a una inclinación interior profundamente sentida, ingresa en el Noviciado de la Orden Capuchina en el convento de Lekaroz. Como ya se ha dicho antes, también a esa edad, el novicio Donosti, se sentía atraído con fuerza por la vibración musical de su tierra y había pergueñado ya sus primeros apuntes en torno a su primera preocupación musical: la canción popular. Paralelamente a sus estudios religiosos, la Música mantenía alertas sus sentimientos artísticos. La «hermana música» era ya su compañera fiel, inseparable en sus horas de ocio. Pero nosotros nos preguntamos... ¿las tendría aquel espíritu inquieto, de cuerpo menudo, dinámico, viviendo una intensa vida interior, entregado a los demás, proyectándose generosamente en todas las direcciones? En todo caso, para el alma de aquel frailecito que Philippe Veyrin llamó «ce Saint François d'Assise du Pays Basque» no debió haberlas: en muchas ocasiones he escrito de las «horas perdidas» de muchos, muchos hombres, de muchas generaciones, incluso de muchas épocas. Pero pienso que no las hubo, no pudo haberlas en el diario quehacer de nuestro músico-capuchino. Exigió mucho a sus estudios e investigaciones, a sus inquietudes religiosas para que pudiera perder siquiera una hora.

Mientras, el tiempo pasaba y llegó otra nueva fecha decisiva para su vida: el 10 de Enero de 1909, día en que cumplía los 23 años, el P. Donosti celebraba su Primera Misa en la iglesia de San Pedro del Muelle de San Sebastián. Era la cita con Dios. Su vocación religiosa se le había cumplido plenamente.

Antes, a los 22 años, ya se había sentido atraído por el folklore, estudiado en todos los países por los más ilustres compositores europeos y ya había empezado a preocuparse por el de su propia tierra, siguiendo las directrices que hacía un siglo había marcado Iztueta. Para el P. Donosti, ésta era un tema apasionante, que, como un compromiso con su pueblo, se veía obligado a realizar.

Pero antes había de formarse en lo que para él, era vital: el «Canto gregoriano». Y con sus 23 años empieza su vida andariega: irá a conocer otros paisajes, quiere ahondar en la Edad Media. El «Gregoriano» le espera en Silos, en la sequedad del paisaje castellano, como contraste con el verdor y humedad de su Guipúzcoa natal. Silos decanta el espíritu, lo filtra, le da sosiego, nobleza, reposo... mientras el P. Donosti medita en la paz del Monasterio de Santo Domingo; allí, en aquella serenidad, se le va dorando la juventud. Son los años de meditación y estudio (¡siempre, cada hora del P. Donosti viviendo su plenitud!), y el joven músico-capuchino, se siente ya con fuerzas para alzar el vuelo.

De allí, al valle del Baztán, la tierra navarra de Julián Gayarre. El P. Jorge de Riezu, compañero en la Fe, amigo dilecto, infatigable promotor del P. Donosti y su obra, nos dice que este momento, juntas las experiencias gregorianas y folklóricas, termina el período clásico de nuestro fraile-músico y que abarca los «Preludios Vascos», «Euskal Eresiak», «Melodías Catalanas», y otras producciones que marcan definitivamente, los caminos emprendidos por nuestro compositor.

VIAJES Y OBRAS

«He descubierto en él, una sensibilidad de las más delicadas».

Maurice RAVEL

Europa le llama: llega a París a mediados de enero de 1920 y en ese momento se iniciará su profunda amistad con Maurice Ravel, que tantas horas habría de pasar junto al P. Donosti en su cuartito de Lekaroz. Bajo la recomendación de Ravel, estudia contrapunto con el profesor Eugenio Cools. Para el P. Donosti ha empezado ya su vida andariega: pasa los primeros semestres de 1919, 22 y 23 en Madrid. En 1920, 21 y 30 y gran parte del año 1931 en París. En Argentina, el segundo semestre de 1924. En París, el 1 de Noviembre de 1926, se da una audición de sus obras. El P. Donosti ha llegado ya a la madurez con sus 40 años, la audición tiene lugar en la Sala Erard. Nuestro compositor es ya un prestigio para la música europea. Ha pasado la primera guerra mundial y Europa se debate en sus querellas internas y en mil conflictos sociales. La música ve cómo sus más preclaros compositores van terminando su ciclo de vida y cierran así períodos importantes en la vida musical europea, donde el impresionismo Debussy-Ravel-Falla, junto a las in-

novaciones de un Igor Strawinsky promueven las principales corrientes musicales de Europa. En esas encrucijadas está el P. Donosti, con su temple, con sus claras ideas, con su diáfana escritura.

En 1921 escribe «Los tres milagros de Santa Cecilia». Los «Cuadros vascos» seguían siendo acogidos calurosamente. Especialmente su audición tuvo una trascendencia enorme en la República Argentina. También en 1926 se estrena en el parisino Teatro des Champs Elysées, el drama religioso de Henri Gheon, «La vie profonde de Saint Francois d'Assise», con música de escena del P. Donosti, escrita para conmemorar el VII Centenario del «Poverello». Esta música tiene un especial recuerdo para mí: fue así: para conmemorar las Fiestas Eúskaras de San Sebastián, la Diputación de Guipúzcoa había convocado el año anterior, 1925, un concurso para premiar una obra pianística de Preludios Vascos; acudí al certamen y obtuve el premio por mis «Cuatro Preludios Vascos», recientes mis estudios en Francia. El Tribunal de este Concurso lo presidía el P. Donosti, que manifestó en la Diputación guipuzcoana que quería conocerme personalmente. Enterado de ello, me faltó el tiempo para hacer un viaje a Lekaroz y conocer a este gran hombre: de ahí data mi amistad hasta su fallecimiento, el 30 de Agosto de 1956. Y fue entonces cuando estaba escribiendo «La vie profonde...» teniendo la inmensa suerte de haber escuchado aquellos pasajes de una música humilde, de muy bella expresión, y con un fondo religioso, austero, directo y noble. También Ravel solía acudir algunas tardes. ¡Reuniones inolvidables!

Estos años se distinguen por la enorme inquietud artística de Europa: nombres como Debussy, Ravel, Strawinsky, Shönberg, Bela Bartok, Falla, Paul Hindemith, Honneger, Milhaud, Gustavo Mahler, Prokofieff... eran de inclusión diaria en los conciertos del mundo. Y todo ese manantial de músicas de estilos dispares, lo conocía bien el P. Donosti, pues muchas, muchas veces, hablábamos de ello y era un placer el escuchar sus comentarios y observaciones. Al fin y al cabo, el París musical por donde discurrían y se encontraban todas esas corrientes, era la ciudad europea que le había dado su espaldarazo.

Fue también la época de los «ismos»: «futurismo», «dodecafonismo», «dadaísmo», «impresionismo», «cubismo», «surrealismo» y muchos más, en los que seguramente, espigaría el P. Donosti, pero sin que cayera en aquellas (diríamos «desviaciones del Arte»), modas pasajeras de una Europa conturbada por muchos y graves problemas, consecuencia de la reciente Primera Guerra Mundial. Remolinos y corrientes: dudas: búsqueda afanosa de unos nuevos caminos para la música de otras generaciones.

Fueron también los años en que Madrid se benefició de la presencia del P. Donosti, que puso en marcha las normas del «Motu Proprio» de San Pio X. Infatigable, querido y admirado por la afición musical madrileña y por cuantos le trataban en la vida diaria y corriente, realizó una enorme y fecunda labor pedagógica sobre la Música Litúrgica y el Canto gregoriano. En la «Ciudad alegre y confiada» en palabras del gran dramaturgo español don Ja-

cinto Benavente, habían entrado con él, unos airecillos saludables, que venían a remover el clima musical de Madrid. La Ciudad conocía ya sus «Preludios Vascos» y no ignoraba que en materia de folklore, era un auténtico maestro.

Francia y la República Argentina fueron caminos andariegos del P. Donosti. Como motivo para el viaje a la Argentina, la construcción de un Seminario en Ustaritz: el obispo monseñor de Bayona Gieure, no pudo haber designado mejor diplomático, pues el P. Donosti unía, a su propia personalidad el ser el mejor músico vasco de la época, cuyo nombre y obras, tenían ya resonancias internacionales. De ahí su éxito en la Argentina. Aquellos vascos de la Argentina, con la presencia del P. Donosti y su música, les llegaban a través de muchas millas de lejanía y distancia, los ecos de unas viejas y añoradas canciones y de unos bailes, que muchos de ellos habían bailado en su juventud en sus aldeas de origen, muy lejanas ahora, sí, pero guardadas siempre en el hondón del alma.

Pero estos viajes no dificultaron su labor creadora. Su inspiración iba creando nuevas obras: «Poema de la Pasión»; «Rapsodia Vasca»; «Cuadros Líricos Vascos», las editoras lanzaban más y más de sus «Preludios Vascos», y la música religiosa surgía con su potencia espiritual y profunda. Sus «Misas» y «Requiems» tienen algo de austeridad, de misticismo, de hondura noble y espiritual. Y, naturalmente, con el «clímax» que el P. Donosti daba a cuanto escribía; la humildad y sencillez de unos temas cuyo origen vasco se «escuchaba» enseguida...

También en la importante parcela de la Música religiosa, como hemos apuntado antes, nuestro fraile-compositor, aportó sus ideas y colaboró para la mayor difusión coral del Gregoriano. Se ha aludido a que, en Madrid, apoyó el «Motu proprio» de San Pío X, fomentando la organización de Grupos corales capacitados para llevar a cabo la renovación litúrgica. Ello no viene sino a confirmar los esfuerzos del P. Donosti en pro de la restauración de la música litúrgica más pura. Desde siglos atrás, la Iglesia venía haciendo una serie de innovaciones tendentes todas a evitar en la música litúrgica, las influencias profanas que venían infiltrándose y a las que el «Motu proprio» quería poner coto.

Para estos fines, era obvio la restauración del canto gregoriano, el volver a las fuentes primitivas. El P. Donosti había pasado por la mejor escuela de Silos, como ya hemos señalado: allí, en su juventud bebió en el fresco manantial del gregoriano, lo que le capacitó y dio autoridad para que años después, fuera de los distinguidos en las horas fecundas de esta renovación. El P. Donosti fue buen cauce para esta purificación: él sabía que para lograr esta alta meta religiosa, era vital la restauración del canto gregoriano como lo había intuido San Pío X. Había que limpiar de muchas adherencias «románticas» la música religiosa: no en vano, el pasado siglo XIX, las décadas de los sentimientos desbordados, habían invadido todos los ámbitos de la Música y del Arte en general en Europa, ejerciendo unas claras influencias en todos los aspectos del arte musical, en todas sus facetas, lo mismo la pro-

fana que la religiosa, hasta tal punto, que se ha escrito mucho sobre los «Requiems» románticos del XIX, con su enorme carga operística como en Verdi, o dando relieve a sentimientos profanos más que a matices religiosos, pudiéndonos referir en este caso a los «Requiems» de Brahms, Britten, (ya posterior), Poulenc, o los Oratorios de Mendelssohn.

Esto venía ocurriendo desde el siglo XVIII, era como todo un asalto a la música religiosa, a la litúrgica. Pero otras corrientes, imbuídas por el gregoriano, servirían después de filtro purificador, en el que pudo influir también, la aparición del impresionismo francés bajo los cielos de Europa. Dentro de estas corrientes europeas aparecería, en su momento, la gran figura del P. Donosti, que, además de aportar sus conocimientos y autoridad en el gregoriano, iba a dar un sentido europeo, de vital importancia, a toda la música vasca.

Podríamos decir que la culminación de estas ideas, podría ser la «Misa Pro Defunctis», compuesta el año 1945, una «misa, -nos advierte el compositor-, destinada al Culto y no al Concierto», palabras que nos dan la clave de esta Misa.

Escrita en la plenitud del maestro, seguramente que su elaboración lleva el peso de muchos años de meditación y sufrimiento moral, (está escrita en memoria de sus familiares difuntos), años que incluían los pasados en el exilio, (1936-1943) y el fallecimiento de su madre, ocurrida un 19 de Marzo, Festividad de San José, a la que no pudo asistir en sus últimos momentos por los impedimentos de la ocupación alemana llegando a San Sebastián al día siguiente por la mañana. También en el exilio recibió la noticia de otro fallecimiento, el de su buen amigo Maurice Ravel, ocurrido en París el último día del año 1937...

Pero, volvamos a la «Misa Pro Defunctis». Hay, en sus once partes, la más grave y profunda religiosidad, con la presencia del gregoriano, a cuya austera línea dará una mayor flexibilidad. Comenzando con el «Introitos» y el «Kyrie», escritos ya en gregoriano como preocupación de sus sentimientos religiosos, esta corriente aparecerá al telar obligado en el que se realice esta Misa. Quédese el análisis para las revistas profesionales y especializadas: aquí, en estos comentarios, queremos recoger lo que creemos coronaba una vida de profundo fervor religioso. Todo lo que él había asumido desde los ya lejanos años de su estancia en Silos, hasta ahora en que rondaba los sesenta años, (¡Señor, qué intensos, fecundos, graves y nobles años!) toda aquella verdad, tenía su fuerza y síntesis y se realizaban en su «Misa Pro Defunctis».

Oración y trabajo fueron sus constantes, sobre las que el P. Donosti enraizó su estilo, basado en la pureza del gregoriano. Que se hace patente en esta «Misa»; ya no hay flecos, ni alusiones profanas. Toda la «Misa» es un ruego, una plegaria a la misericordia de Dios.

Se nos habla de que en sus partes, hay un «juego de modulaciones», es decir, una «música que flota en el espacio» y aun «canto insistente en cromatismos» de las sopranos. ¿Podríamos ver en ello, una cierta alusión a técni-

cas profanas? Creo que no. Al contrario, creemos sentir, en esa vagorosidad, en ese vuelo de las voces, el lejano, pero «siempre» audible en la música del P. Donosti, de aquel impresionismo francés de C. Debussy, cuyo arte musical también recibió las influencias del gregoriano.

Esta música es equilibrada y serena. Es rica en sentimientos. «Introito», «Salmos», «Graduale», voces, órgano, Polifonía... En su estructura, en su religiosidad, el P. Donosti, nos vuelve a los tiempos dorados de la Polifonía de un Lasus, un Victoria o un Palestrina. Pero, naturalmente, con la distancia de los siglos, bajo otros paisajes aunque buscando la paz interior. A partir de ahora, la música religiosa del siglo XX, va a tener su control decisivo. Sin olvidar tampoco que al otro lado del Atlántico, otro músico contemporáneo del P. Donosti, Manuel de Falla, escribía «La Atlántida» con su «Salve en el Mar», página que también podría ser el arranque de una nueva dirección de la música religiosa.

TRAS EL EXILIO...

«Su temperamento exquisito, sensibilísimo a toda belleza, le hace apto para grandes empresas artísticas.»

P. Nemesio OTAÑO

En 1936, el P. Donosti había alcanzado una personalidad internacional y, desde luego, el más alto prestigio europeo: se hallaba en la plenitud de su Arte. Malos vientos corrían por Europa y en España comenzó, en el verano, la Guerra Civil y con ella, el P. Donosti empezaba su exilio, (1936-1943), poniendo a prueba su temperamento, su fortaleza espiritual y su vida musical. Bayona fue la primera ciudad que le acogió en el exilio, y allí asistió en sus últimos momentos a una gran danzarina española de fama universal: Antonia Mercé, la «Argentina», nacida en Buenos Aires de padres españoles.

La había conocido la víspera, en una de sus actuaciones. De vuelta al Convento de Bayona, el P. Donosti fue avisado con urgencia, a las diez de la noche, para decirle que la «Argentina» acababa de fallecer repentinamente en su domicilio. Le faltó el tiempo para acudir y atenderla espiritualmente «sub conditione». Ella se había acordado en sus últimos momentos de nuestro capuchino, atraída por su bondad y su religiosidad. De nuevo la paz interior del P. Donosti había confortado a familiares y amigos... Bajo el dolor que le había producido la muerte de la genial danzarina española, regresó al Convento: eran las tres de la madrugada...

Burdeos, París, Toulouse, Mont-de-Marsan, son ciudades francesas que le acogen con los brazos abiertos. Luego, la invasión alemana le produciría algunas dificultades. Sin duda sufriría pensando en los demás. Pero en aquel hombre, en aquel gran espíritu humano, como dice su biógrafo. P.

Jorge de Riezu, «un discreto silencio sobre suceso tan lamentable, selló los labios del paciente». Cuando allá a finales del otoño de 1946, hice un viaje a Barcelona, me fui enseguida a la Residencia Pompeya, donde estaba el P. Donosti desde su regreso a España en 1943. Con un largo y entrañable abrazo reanudamos la amistad interrumpida, y continuamos nuestras charlas sobre tema tan dilecto para los dos como era la Música. La alegría del encuentro borró cualquier otro sentimiento, y como Fray Luis de León en sus famosos «decíamos ayer...», continuamos la amistad que habíamos alejado, forzosamente, en 1936. Era como, si la víspera, nos hubiéramos despedido con un «hasta luego...».

Durante los años del exilio, -y seguimos al P. Riezu-, el P. Donosti escribió sus «Flores del exilio», cuadernos escritos en aquellos años, donde se contienen las páginas mejor logradas de su Polifonía: «Cantigas a Santa María», «Motetes», «Poemas de la Pasión», «Canciones Sefardíes», «Infantiles» más *Itinerarium mysticum* para gran Órgano.

Al regresar de nuevo a España, dos paisajes compartirán con él su vida activa musical: Barcelona y Lekaroz, el urbano y el nativo; edificios y árboles; plazas y valles; calles y caminos.

En Barcelona fue, con Mosén Baldelló, colaborador en la Fundación del «Instituto Español de Musicología en 1943 que primero dirigió don Higinio Anglés, máxima autoridad de la música religiosa, sucediéndole don Miguel Querol, con quien establecí una estrecha amistad en Sevilla. Ambas personalidades, autoridades indiscutibles en materias de Folklore, de investigación musical, en Musicología. La presencia de nuestro buen capuchino-músico, dio aún mayor realce a los trabajos del citado Instituto. Además, el P. Donosti se captó inmediatamente las mayores impatías en todos los sectores de la sociedad catalana. Fue un investigador más en el estudio del folklore catalán, sin olvidar por ello, sus continuados desvelos por el cancionero popular vasco.

Cuando, abandonó Barcelona para instalarse definitivamente en Lekaroz, fueron muchos los amigos que sintieron de verdad su ausencia. Pero la voz de su tierra, de su paisaje, de su familia, fueron como vientos incontenibles de su decisión, aunque guardara siempre el más profundo cariño y gratitud hacia el país que tan generosamente le había acogido.

«Usted es un músico inquieto tradicional y de nuestro tiempo a la vez. Y nos deleita siempre con nuevos hallazgos.»

Luis María MILLET
(Fundador y Director del
Orfeo Catalá)

RECUERDOS DE JUVENTUD

Sin duda que su estancia en Barcelona, le traería muchos recuerdos de su juventud, cuando, en 1908, con sus veintidós años, se toma unas vacaciones veraniegas en Barcelona. Pero no nos imaginemos unas «vacaciones» para no hacer nada. No. El P. Donosti (¿no hemos dicho que para él no existieron las «horas perdidas»?), siguió afanosamente sus estudios, entablando amistad con Enrique Granados, con Felipe Pedrell, con Apelles Mestres, siendo un asiduo estudioso del archivo del Orfeo Catalá, tratando con Luis M.^a Millet. Había salido de su paisaje y recibía aires nuevos. Era la época del Impresionismo francés, de las nuevas Escuelas centroeuropeas, de renovación de viejas técnicas tradicionales que las nuevas generaciones querían superar.

¿No iba a recoger todas estas inquietudes el P. Donosti? Las recogió y de ahí el comentario de Millet, «músico inquieto tradicional y de nuestro tiempo a la vez». Fueron los años en que España se había hecho eco de los nacionalismos musicales europeos y creaba la música en torno al suyo. Granados, Albeniz, Turina, Falla y en el norte, en Euskalherria, el P. Donosti contribuyendo con su tenaz labor, a la restauración de sus cantos y bailes.

Era lógico que un espíritu tan sensible como el suyo, su amistad con Ravel y Rousell, sus conocimientos del momento europeo, con su nueva geografía musical, influyeran decisivamente en su estilo. También se ha dicho, que recibió la influencia de Granados, especialmente, en el aspecto poético de su obra pianística, los «Preludios Vascos». Más que influencias, yo creo que en ambos compositores se daba una misma sensibilidad poética que se manifestaba especialmente, en todas sus obras para piano.

También encontró apoyo y comprensión por parte de Felipe Pedrell, que quería restaurar los cantos populares, como base a un arte musical nacional y autóctono, con perfiles propios, y así quiso hacerlo en su famoso escrito «Por nuestra música», folleto que se editó en 1891. No es de extrañar pues que viera en el P. Donosti otra voluntad como la suya, aunque Pedrell tendiera más al gran teatro operístico siguiendo las normas de un Wagner, y nuestro capuchino fuera más a lo recoleto, a lo íntimo, a la esencia poética de la música popular.

«PRELUDIOS VASCOS»

«... una deliciosa ingenuidad que se desprende de ellos como una fragancia, simple y pura como el encanto de la canción popular...»

ANTONIO JOSE, burgalés,
compositor, Director y fol-
klorista, muerto víctima de
la guerra civil.

El joven compositor burgalés, gran admirador del P. Donosti, así lo escribía en una carta dirigida al maestro que lleva fecha del 16 de Junio de 1936. Como tantos otros músicos que conocían su gran obra pianística vasca, reconocía el valor fundamental de esas breves, pero hermosas, obras. ¿Qué poeta dijo aquello de que «recoge la voz del pueblo, y devuélvesela convertida en poesía...? ¡Qué más da! Porque esa fue la gran verdad de nuestro compositor. Fue, como Ravel, un orfebre de los sonidos: porque los «Preludios Vascos» son eso; pequeñas, y rutilantes joyas pianísticas, donde el P. Donosti, recogió y aprisionó toda la gama de matices y sensaciones que integran la naturaleza vasca. Nuestro capuchino-músico viene a ser el último y brillantísimo eslabón, de la cadena de oro que había comenzado, un siglo atrás, otro espíritu selecto: Iztueta.

Iztueta se acercó a los bailes. El P. José Antonio a los bailes y a la Canción, en toda su escala de sensaciones, es decir, se acercó a la Naturaleza, al fin y al cabo, «Ama» de toda nuestra música popular.

Y así, escuchando los «Preludios», sentimos hasta la última vibración de sus ritmos y melodías, porque nos «dicen» (que también la Música es lenguaje), de la alegría, jolgorio y luminosidad de las romerías aldeanas: gracia y flexibilidad de las «mutil-dantza»; -danza de jóvenes-, o de un saludable «naturismo», como en la «Sagar-dantza», o la habilidad, humorismo y color de los bailes del Bajo y Alto Soule, con las mascaradas suletinas o el canto de los pájaros, con ese delicioso «Erotazuri'ko Uritxindura», (canto del rui-señor); o ese sentimiento dramático que aflora en «Oñazez» (dolor), canción que con el violoncello de Paul Casals ha dado la vuelta al mundo, o el bucólico «Artzai gaztearen oinak» (canción del pastor joven), o la dulzura de «Seask aldean eresik» (canción de Cuna...). Sin olvidar la aristocracia del «Aurreku».

Porque todo, todo lo aprisiona el P. Donosti en la escala cromática de sus sentimientos, todo cabe en el telar de su inspiración. Desde la canción pura y simple, hija de siglos guardada en el eco de mil caracolas dormidas, escuchando su juego con el viento (: «escucha lo que te diga el viento que viene del mundo», como dijo Debussy), hasta los ritmos netos y precisos de toda la arboladura de las canciones vascas. Nuestro capuchino investigador y músico, logró captar la autenticidad vasca en sus «Preludios», que ahí radica su principal valor.

Desde que se fueron asomando al balcón de la Historia hombres como Iztueta, Humboldt, Charles Bordes, Gazkue, Larramendi, Azkue, Guridi, el P. Donosti... el mundo ancestral de la música vasca fue entregando sus secretos milenarios y hasta la Naturaleza se puso en sus manos. En unos años que primaban las Escuelas europeas avanzadas, que existía un movimiento wagneriano, con la aparición del «misterio» Strawinsky y Mahler en Viena escribía una música angustiada y angustiosa, tras una quimera de Belleza, y Europa buscaba nuevas orientaciones bajo la estética impresionista, nuestro músico se encontró en esa encrucijada de estilos, con su mocedad propicia a zambullirse en alguna de esas corrientes.

Y se dejó llevar por su sensibilidad, por «su sencillez elegante», como le había destacado el doctor Marañón, hacia la estética impresionista, porque no en vano había pasado por el París de Debussy y de Ravel. Y así fueron saliendo esas pequeñas y rutilantes piezas, que algún crítico no ha vacilado en situarlas en el sentimiento lírico de Grieg, y que forman un hermoso cuadro de la música de Euskal-Herria: que hoy son ya historia nacida al conjuro de la tierra y el paisaje vascos.

Hombres como el P. Donosti enaltecen a un pueblo, le dan un rango universal. La obra toda del ilustre capuchino, la religiosa y la profana, la popular y la erudita, representan la serenidad y el equilibrio de un espíritu. De un espíritu que, como el del P. Donosti, forma ya parte del paisaje y de la Historia.

Conservemos y escuchemos su música, toda su música, como su mensaje fraterno a todos los hombres de buena voluntad.

RESUMEN

He pretendido en este trabajo, situar la gran figura del P. Donosti, con el fondo del paisaje vasco y el entorno de las influencias de los diversos estilos musicales en la Europa en cuyas corrientes vivió y trabajó. Para esta labor, me he servido de datos y referencias que aparecen en el libro «Cartas al P. Donosti» cuya recopilación y debidas explicaciones las debemos al P. Jorge de Riezu, hermano en Religión, amigo dilecto de nuestro compositor y biógrafo veraz, con un exquisito prólogo de otro gran amigo y admirador del capuchino: el P. Pablo Bilbao Aristegui. Por mi parte, he recordado con entrañable sentimiento mi amistad con él, destacando viajes, amistades y obras.

Me ha ayudado mucho, junto a mis recuerdos inolvidables de amistad, dicho Libro: referencias y datos que me han facilitado mi labor y al mismo tiempo, resaltar el valor humano y religioso del P. Donosti. Comentar sus andanzas, su exilio, sus amistades, aunque todo dentro de la brevedad de un artículo síntesis.

Al aludir a las diversas corrientes musicales europeas en las primeras décadas de nuestro siglo, he querido resaltar su personalidad, su protagonismo, especialmente en la parcela de la Música vasca. He querido, sobre todo, resaltar su manera de ser, de su caminar por la vida corriente y normal, llevando a las gentes, con su palabra y su música, la bondad de su carácter: abandonó el «Yo» para vivir en el «Nosotros». Esto es lo que he querido resaltar en mi artículo; si lo logré o no, el lector lo dirá. He procurado fijar pensamientos destacados en torno a su personalidad, recuerdos de Lekaroz, su posición estética en la música del País Vasco. Y no quiero terminar estos comentarios no sin antes disculparme ante mi buen amigo el P. Riezu, por haber tomado su libro de «Cartas» como apoyo a mis recuerdos, y, naturalmente, para dar a la ilustre figura del P. Donosti todo el rango y relieve a que se hizo acreedor por su vida tan plena de serenidad. P. Riezu, permítame añadir esta pobre flor mía al ramillete que usted a formado con esas «Cartas»: recíbala con toda humildad.